

mortal, este deseo no sería comunión espiritual, antes si desease comulgar estando en pecado, pecaría mortalmente: y si lo desease sabiendo primero de él, aunque sería buen deseo, no sería comunión espiritual, porque como no está en gracia, no puede recibir el fruto de ella. De manera que es menester estar en gracia de Dios, y tener entonces ese deseo de comulgar espiritualmente; porque por ese deseo de recibir este santísimo Sacramento participa de los bienes y gracias espirituales que suelen participar los que le reciben sacramentalmente. Y aun puede ser que el que comulga espiritualmente reciba mayor gracia que el que comulga sacramentalmente, aunque comulgue en estado de gracia; porque aunque es verdad que la comunión sacramental de suyo es de mayor provecho y de mayor gracia que la espiritual, porque al fin es Sacramento y tiene privilegio de dar gracia *ex opere operato*, lo cual no tiene la comunión espiritual; pero con tanta devoción, reverencia y humildad puede uno desear recibir este santísimo Sacramento, que reciba con eso mayor gracia que el que le recibe sacramentalmente, no con tanta disposición. Y mas, hay otra cosa en esta comunión espiritual, que como es secreta y no la ven los demás, no hay ningún peligro de vanagloria de los circunstantes, como le hay en la comunión sacramental, que es pública. Y

mas, tiene otro privilegio particular que no tiene la sacramental, y es que se puede hacer mas veces, porque la sacramental hácese una vez en la semana, ó cuando mucho una vez cada día; pero la espiritual puédese hacer no solamente cada día, sino muchas veces al día. Y así tienen muchos esta loable devoción de comulgar espiritualmente, no solo cuando oyen misa, sino cada vez que visitan el santísimo Sacramento, y otras veces.

Y es bueno el modo de comulgar espiritualmente que usan algunos siervos de Dios, el cual pondremos aquí para que se pueda aprovechar de él el que quisiere. Cuando oís misa, ó cuando visitáis el santísimo Sacramento, ó cada vez y cuando que quisiéreis comulgar espiritualmente, despertad vuestro corazón con afectos y deseos de recibir este santísimo Sacramento, y decid: ¡Oh Señor, quién tuviera la limpieza y pureza que es menester para recibir dignamente tan gran huésped! ¡Oh quién fuera digno de recibirlo cada día, y teneros siempre en sus entrañas! ¡Oh Señor, qué rico estuviera yo si os mereciera recibir y traer á mi casa! ¡qué dichosa fuera mi suerte! Pero no es necesario, Señor, venir Vos á mí sacramentalmente para enriquecerme, querédlo Vos, Dios mio, que eso bastará; mandadlo Vos, Señor, y quedaré justificado. Y en testimonio de esto decid con el Centurion: *Domine non*

sum dignus, ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea. Matth. VIII, v. 8. Señor mio Jesucristo, yo no soy digno que Vos entreis en mi morada, mas decidlo Vos, que con vuestra sola palabra mi ánima será sana y salva. Si mirar la serpiente de metal bastaba para sanar los heridos, *Num. XXI, v. 9*, también bastará el mirarlos con viva fe y con ardiente deseo de recibirlos. Y será bueno añadir la antifona: *O sacrum convivium, etc.*, y el verso: *Panem de caelo, etc.*, con la oración del santísimo Sacramento.

CAPÍTULO XVI.

De algunos ejemplos acerca de la devoción de oír misa, y decir la cada día, y la reverencia con que habemos de estar en ella.

El papa Pio II y Sabélico (1) cuentan que en la provincia de Histria, que confina con Pannonia y Austria, vivía un devoto caballero, el cual era molestado de una grave tentación de ahorcarse, y algunas veces estuvo en puntos de hacerlo. Andando con esta penosa tentación, descubrióse á un hombre religioso, letrado y temeroso de Dios nuestro Señor, pidiéndole consejo, el cual despues de haberle confortado y consolado mucho, le dijo que tuviese en su

(1) Pius II, in sua Cosmographia in descriptione Europæ.

compañía un capellan que cada día le dijese misa. Parecióle bien este remedio, y así se concertó con un sacerdote, y los dos se fueron á vivir á una buena fortaleza que tenía en el campo, donde habiendo un año que por medio de esta santísima devoción vivía en sosiego, acaeció que un día le pidió licencia su capellan para ir á celebrar una fiesta á un pueblo allí vecino con un clérigo amigo suyo. El caballero dió la licencia con intención de ir allá á oír misa y hallarse en la fiesta; pero por cierta ocasión se detuvo de modo que era ya mediodía cuando vino á salir de su fortaleza muy congojado, pensando no hallar misa; y molestado de su antigua tentación, yendo así fatigado encontróse con un labrador que venía del lugar, el cual le certificó que eran ya acabados los oficios divinos. Recibió de esto el caballero tanta pena, que comenzó á maldecir su ventura, y á decir: que pues aquel día no había oído misa se tenía ya por perdido. El labrador le dijo que no se fatigase, que él le vendería la misa y lo que delante de Dios había merecido con ella: al caballero le agradó esto, y así se concertaron en que le diese una ropa que traía vestida, la cual él dió de buena voluntad, y con esto se partió el uno del otro. Con todo eso quiso el caballero llegar al pueblo á hacer oración en la iglesia: hizolo así, y poco despues volviéndose á su casa, llegando al lu-

gar de la simonía, vió que el ladrador se había ahorcado de un árbol, permitiéndolo así Dios en castigo de su pecado: quedó atónito y dió gracias al Señor porque le había á él librado; y confirmóse mas en su devocion, y desde entonces quedó libre de la tentacion, aunque vivió muchos años.

Léese en las Crónicas de san Francisco, part. 2, lib. 8, cap. 28, de santa Isabel reina de Portugal, y sobrina de santa Isabel reina de Hungría, que entre otras grandes virtudes que tenia, una era ser muy piadosa y compasiva de los pobres y enfermos, y amiga de socorrerlos. Y así se dice de ella que ningun pobre le pidió que no le socorriese. Y fuera de esto tenia mandado á su limosnero que á ninguno se negase limosna. Teniendo pues esta santa Reina un paje ó criado de cámara de quien se servía en la distribucion de estas limosnas y obras de piedad, por ser virtuoso y de buenas costumbres, aconteció que otro paje de la cámara del rey D. Dionisio, su marido, y muy privado suyo, viendo la privanza que el otro paje tenia con la Reina, por envidia que tuvo de él, y por caer en gracia del Rey, le quiso poner mal con él, afirmándole que la Reina le tenia mala aficion. Y como el Rey vivia no muy honestamente, inducido por el demonio, traia consigo algunos descontentos, y tenia alguna desconfianza de la Reina su mujer. Por lo cual espantado de lo que

su paje le habia dicho, aunque es verdad que no lo acabó de creer, sino que quedó dudoso, con todo eso se determinó de hacer matar á aquel paje secretamente, y saliendo aquel dia á pasearse á caballo, pasó por donde habia un horno de cal que se estaba cociendo, y llamando aparte los hombres que le daban fuego, les mandó que á un criado de cámara que él les enviaria allí con un recado, diciendo si tenian hecho lo que el Rey les habia mandado, le arrebatasen luego, y le echasen dentro del horno de la cal, de modo que allí luego muriese, porque convenia así á su servicio. Venida, pues, la mañana siguiente mandó el Rey al paje de la Reina que fuese con este recado al dicho horno para que aquellos hombres pudiesen en ejecucion lo que él les habia mandado, y así muriese; mas Nuestro Señor, que nunca falta á los suyos, y vuelve por los que están inocentes y sin culpa, ordenó que, pasando este mozo por una iglesia, tañesen la campanilla del alzar, en una misa que entonces estaban diciendo, y entrando dentro estuvo hasta que se acabó esta misa, y otras dos que se comenzaron luego una en pos de otra. En este tiempo deseando el Rey saber si era ya muerto, acertó á ver al otro paje de cámara que era el que le habia acusado y levantado el falso testimonio delante del Rey, al cual envió muy de prisa al horno á saber si se habia

hecho lo que él habia mandado. Y llegado que fue con el recado, como este conforme á las señas era el que el Rey les habia dicho, arrebatáronle luego los hombres, y atándole le echaron vivo en el horno. En este ínterin, acabando el otro mozo inocente y sin culpa de oír sus misas, fué á dar el recado del Rey á los que cocian el horno, diciendo si habian cumplido lo que su Señor les habia mandado; y respondiendo ellos que sí, él se volvió con la respuesta al Rey, el cual así como le vió quedó como fuera de sí, viendo y considerando que habia acontecido este negocio muy al contrario de como él lo habia ordenado y mandado. Y volviéndose al paje le comenzó á reprehender preguntándole dónde se habia detenido tanto. Entonces el criado, dando cuenta de sí, le respondió: Señor, yendo yo á cumplir el mandato de vuestra Alteza, acerté á pasar junto á una iglesia en donde estaban tañendo la campanilla de alzar, y entrando dentro oí aquella misa hasta el cabo; y antes que aquella se acabase comenzaron otra y otra, y así aguardé hasta que se acabaron todas; porque mi padre me dejó por bendicion antes que muriese que á todas las misas que viese comenzar estuviese hasta el fin. Entonces vino el Rey á caer por este juicio de Dios en la cuenta de la verdad, y en la inocencia de la buena Reina, y en la fidelidad y virtud del buen criado; y así echó de sí la imagi-

nacion mala que contra ella tenia.

En el Prontuario (1) de ejemplos se cuenta que en un pueblo vivian dos oficiales de un mismo oficio, y el uno tenia mujer, hijos y familia, y con todo eso era tan devoto de oír misa cada dia, que por ninguna cosa la dejaba; y así le ayudaba Nuestro Señor, y le iba bien en su oficio, y le multiplicaba su hacienda. El otro, por el contrario, no teniendo hijo ninguno, ni criado, sino solo su mujer, siempre trabajaba de dia y de noche y aun en los mismos dias de fiesta, y oia misa muy pocas veces, y nunca salia de miseria, sino que padecia mucha necesidad y pobreza. Viendo, pues, este que al otro le iba tan bien, haciéndose un dia contradizo con él, le preguntó qué de dónde le venian tantos bienes y sucedia tanta ganancia; que con tener él tanta familia de hijos y mujer nunca le faltaba lo necesario, sino que siempre tenia bastantemente lo que habia menester, y él siendo solo con su mujer y tabajando mas, siempre vivia en necesidad y pobreza. Á esto respondió él, que tenia devocion de oír cada dia misa, diciendo: que él le mostraria el dia siguiente el lugar donde hallaba aquella ganancia; y venida la mañana, se fué por casa del otro, y le llevó consigo á la iglesia, y acabada de oír la misa le

(1) Promptuar. exemplor. verb. Mis., et in vit. Patrum; et Surius, in vita S. Joan. Eleemosynar.

dijo que se volviese á su casa á trabajar. Lo mismo hizo el segundo dia, y las mismas palabras le dijo. Pero al tercero dia, volviendo otra vez á su casa para llevarle consigo á la iglesia, le dijo el otro: Hermano, si yo quisiese ir á la iglesia no he menester que vos me lleveis allá, que bien sé el camino: lo que yo deseaba saber de vos era el lugar donde habeis hallado tan buena comodidad para enriquecer, y que me lleváseis allá para que yo tambien me pueda hacer rico. Entonces respondió él diciendo: Yo no sé ni tengo otro lugar de donde busque el tesoro del cuerpo y el premio de la vida eterna, sino es en la iglesia. Y para confirmar esto dijo: ¿Por ventura no habeis oido lo que el Señor dice en el Evangelio: Buscad primero el reino de los cielos y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura? Oyendo esto el buen hombre entendió el misterio, y cayó en la cuenta, y compungido de su pecado enmendó su vida, haciéndose desde luego muy devoto, y oyendo de allí adelante su misa cada dia, y así le comenzó á ir bien y suceder prósperamente en todos sus negocios.

Cuenta san Antonino de Florencia, 2 part. Theolog., tr. 8, c. 10, § 2, que saliendo un dia de fiesta de una ciudad dos amigos mancebos para irse á holgar al campo á cierta caza, el uno de ellos tuvo cuidado de oír primero misa y cumplir con el precepto, y el otro no. Yendo,

pues, juntos su camino, comenzó á revolverse el tiempo y turbarse el aire, de modo que parecia que el cielo se queria venir abajo, y hundir el mundo con los grandes truenos que comenzaron y muchos relámpagos que venian á toda priesa con grandes señales de mucha agua; y entre estas y estas se oyó en el aire una voz, la cual oyeron los mismos mozos que decia: Dale, hiérole. Quedaron con esta voz atemorizados; pero prosiguiendo su camino, al mejor tiempo, cuando no se cataron, cayó un rayo, y mató al desdichado mozo que aquel dia no habia oido misa. Fue tan grande el espanto y asombro que le dió al otro, que quedó como fuera de juicio sin saber lo que habia de hacer, mayormente que estaba ya cerca del puesto donde iban á cazar. Finalmente pasó adelante y prosiguió su camino, y oyó otra voz que dijo: Hiérole, hiérole á ese. Quedó el pobre muy atemorizado con esta voz, acordándose de lo que habia pasado con su compañero; mas oyóse otra voz en el aire que dijo: No puedo, porque ha oido hoy el *Verbum caro factum est*; entendiendo por esto que habia oido misa, porque al fin de ella se suele decir el Evangelio de san Juan donde están estas palabras. Y de esta manera se escapó aquel mozo de aquella tan terrible y repentina muerte.

De san Buenaventura se lee (refertur in ejus vita) que considerando la soberana majestad de Dios

que está en el santísimo Sacramento del altar, y su gran vileza, y temiendo que no recibia al Señor con la disposicion que convenia, estuvo muchos dias sin llegarse al altar, y un dia oyendo misa, al tiempo que el sacerdote partia la hostia, una parte de ella se vino á él, y se le puso en la boca; y haciendo gracias al Señor por este tan incomparable beneficio (1), entendió que con él le queria enseñar que gusta mas Dios de los que con amor y entrañable afecto se llegan á él y le reciben, que no de los que por temor se apartan y dejan de recibirle, como despues el mismo Santo lo escribió. Y lo mismo escribió santo Tomás, 3 p., q. 80, art. 10 ad 3.

Del santo Fr. Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, se cuenta que estando en la corte ocupado en muchos y muy graves negocios del reino, como sus émulos, que eran muchos, no hallasen otra cosa en que le poder acusar, murmuraban algunos porque decia cada dia misa, maravillándose de él que, teniendo tantos y tan arduos negocios sobre sí, se hallaba tan dispuesto y con ánimo reposado y quieto para celebrar cada dia, como si estuviera en el monasterio. Y como el cardinal de España y arzobispo de Toledo, D. Juan Gonzalez de Mendoza, un dia familiarmente le dijese lo que se decia, respondió el siervo

(1) Bonav. in tract. de Exercit. spirit. qui Fasciculus inscribitur, cap. 7.

de Dios: Así es, Señor, que porque sus Altezas me han puesto en cosas tan arduas, y encomendado carga que es sobre todas mis fuerzas, no tengo otro refugio para no dar con la carga en el suelo sino llegarme cada dia al santo Sacramento, porque con eso pueda tener fuerzas para salir al cabo, y dar cuenta de lo que sus Altezas me han encomendado.

De san Pedro Celestino, que despues fue papa, cuenta Surio, in vita ipsius, tom. 3, que poniéndose él una vez á considerar por una parte la majestad grande del Señor que está en el santísimo Sacramento, y por otra su vileza é indignidad, y acordándose de san Pablo primer ermitaño, san Antonio, san Francisco y otros Santos que no se habian atrevido á ejercitar el santo misterio de la misa y comunión cotidiana, estuvo dudoso y perplejo sobre la frecuencia en esto, y abstúvose algunos dias con el temor, temblor y reverencia de tan gran Señor, con determinacion de ir á Roma á consultar al Papa sobre esto, si le seria mejor abstenerse de celebrar del todo ó algun tiempo. Y yendo con este intento, en el camino se le apareció un santo abad ya difunto, el cual le habia dado el hábito de monje, y le dijo: ¿Quién, ó hijo, aunque sea Ángel, es digno de este misterio? Pero con todo eso aconséjote que con temor y reverencia celebres frecuentemente. Y luego desapareció.

Cuenta san Gregorio (1) que poco antes de su tiempo acaeció que un hombre fue preso y llevado cautivo de los enemigos á muy lejas tierras, donde estuvo mucho tiempo aprisionado sin saber ni tener nuevas algunas de él. Como su mujer despues de tan largo tiempo no supiese de él, creyó ser ya muerto, y así como á tal hacia cada semana decir misas y sacrificios por su ánima. Y era Nuestro Señor servido que todas las veces que las misas se decian por él, se hallaba el pobre cautivo libre de sus prisiones. Aconteció, pues, que no mucho despues de esto salió el hombre del cautiverio y volvió á su casa libre; y como entre otras cosas contase á su mujer esta maravilla, y espantado y admirado de que en ciertos dias y horas de cada semana se le quitaban las prisiones como está dicho, haciendo la mujer la cuenta, halló que era en los mismos dias y horas que ella hacia ofrecer el sacrificio y decir las misas por él. Y añade san Gregorio: De aquí podeis, hermanos, colegir cuánta fuerza tendrá para deshacer las pasiones y ataduras del ánima este sacrificio ofrecido por nosotros. El venerable Beda cuenta otro ejemplo semejante (2).

San Crisóstomo, lib. 1 de Sacer-

(1) Gregor. homil. 37 super Evang. et lib. 4 Dialog. cap. 57.

(2) Beda, lib. 4 histor. Anglic. cap. 21 et 22; et Titellman. Bredembrac. lib. 1 coll. sacrarum, cap. 4.

dot., dice que por el tiempo que el sacerdote celebra, asisten los Ángeles, y que en honra del que allí es ofrecido el altar está rodeado de Ángeles. Y dice que oyó contar á una persona fidedigna, que un viejo gran siervo de Dios habia visto de repente descender gran multitud de Ángeles, y estar él rodeado de ellos, vestidos de tan resplandecientes ropas, que su claridad no se podia mirar, tan humillados como están los soldados delante de su rey. Y así lo creo yo, dice el glorioso san Crisóstomo, porque al fin donde está el rey está la corte. Y san Gregorio, lib. 4 Dial. c. 30, dice: ¿Quién duda sino que en aquella hora en que se ofrece este sacrificio, á la voz del sacerdote se abren los cielos y bajan juntamente con Cristo aquellos cortesanos del Cielo, y está todo aquello cercado de coros de Ángeles, que como buenos cortesanos están acompañando á su rey? Y así declaran muchos Santos aquello de san Pablo, I ad Cor. xi, v. 20, que mandando que las mujeres estuviesen en la iglesia cubiertas las cabezas, da la razon: *Propter Angelos*: Por amor de los Ángeles. Porque por estar allí el santísimo Sacramento, dicen que hay allí Ángeles que le reverencian y respetan. San Nilo (1) escribe del mismo san Juan Crisóstomo, que fue su maestro, que cuando entraba en

(1) Nilus, in epist. ad Anastas. Episc. in Bibl. Sanct. Patrum. Et refert etiam Turrian. tract. 2 de Euchar. cap. 2.

la iglesia veia gran multitud de escuadrones celestiales de Querubines, Serafines, etc., que asisten ante aquel gran Señor de los cielos y tierra? Y así dice: Estad, hermanos, en la iglesia con gran silencio, con temor y temblor. Mirad de la manera que están los criados de un rey delante de él, qué modestos y serenos, con cuánta reverencia; no hay quien allí se atreva á hablar una palabra, ni á volver los ojos de una parte á otra; y aprended de aquí de la manera que habeis de estar delante de Dios.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.